CORONA FÚNEBRE.

CORONA FÚNEBRE

CON MOTIVO

DE LA SENTIDA MUERTE DEL EXMO. É ILMO.

SEÑOR DOCTOR

D. JUAN JOSÉ ARBOLÍ Y ACASO.

Obispo de Cádiz y Algeciras,

del Consejo de S. M., Senador del reino, &c.

Palida mors æquo pulsat pede pauperum tabernas, regumque turres.

Horacio.

CÁDIZ.

IMPRENTA Y LITOGRAFIA DE ARJONA,
calle de la Torre, núm. 27.

1863.

PRÓLOGO DEL EDITOR.

España, la nacion católica por escelencia, la que posee sin mancha el sagrado depósito de la fé religiosa, vé hoy descender al sepulcro á uno de sus mas ilustres hijos.

Cádiz, cuyos muros besa constantemente el gran Océano, la que en todos los siglos como madre cariñosa ha acariciado en su seno hombres ilustres que llevaron grabada en su frente la luz del génio, lamenta y llora la muerte de un prelado que consumió sus mejores dias en el ejercicio de sus apostólicas tareas, y mereció por su abnegacion religiosa y saber profundo un monumento que eternice en la sucesion de los siglos la grata memoria de su alta significacion.

Todas las clases de la sociedad gaditana concurrieron presurosas á rendir el postrero homenage de consideracion y respeto á su ilustre pastor, y sábio conciudadano, en aquel dia de amargura y de tristeza en que exhaló su último aliento.

Todos los hombres, sea cual fuere su posicion social, no pudieron resistir al deseo de acompañar sus mortales restos al templo del Señor, para ofrecer por su eterno descanso el fruto de sus sinceras oraciones.

Las opiniones humanas se sacrifican á la manifestacion de los mas nobles y elevados sentimientos; y bajo las bóvedas del eterno santuario dobla la rodilla el desheredado y el opulento, el sábio y el ignorante, revelando el semblante de todos, la pena amarga que afligia sus corazones, considerando QUE LA MUERTE NO PERDONA AL SÁBIO.

Cádiz, que posee en su seno elementos de civilizacion y cultura, ha dado con motivo de la muerte de su venerable prelado un testimonio elocuentísimo de su ilustracion y religiosidad, redactando la Corona fúnebre que habrá de perpetuar el recuerdo de un varon fuerte que sacrificó su vida y su ciencia en aras de la causa del Evangelio.

Si grande es el dolor que siente Cádiz con su pérdida, mayor es su gloria en aumentar el catálogo de sus hijos célebres con el nombre del Exmo. Sr. Arbolí.

A la ilustracion proverbial del pueblo gaditano, ofrecemos las composiciones que forman la presente corona, las cuales han sido inspiradas por los sentimientos mas nobles y religiosos, siendo este, entre todos, su principal mérito.

Si nuestros pequeños sacrificios pueden contribuir algun tanto á eternizar la memoria del ilustre prelado gaditano, quedarán suficientemente satisfechos los deseos del Editor,

F. F. de Arjona.

Cádiz: Febrero de 1863

NECROLOGÍA

DEL

EXMO. É ILMO. SR. DR. D. JUAN JOSÉ ARBOLÍ Y ACASO,

OBISPO QUE FUÉ DE CÁDIZ.

Cuando cumpliendo con el deber de admiracion y cariño que profesábamos al que fué nuestro querido, sábio y virtuoso maestro, buscábamos una forma en que rendir un tributo á su memoria, recibimos la siguiente notable necrología, debida á la pluma del modestísimo escritor D. José Helguera, discípulo como nosotros del que hoy disfruta ante la presencia del Altísimo el inefable premio de sus virtudes.

El trabajo del Sr. Helguera es la espresion de nuestros sentimientos; con su dolor nos identificamos, y como él pedimos un monumento para el *príncipe de los oradores sagrados de España* en la presente época.

Hé aquí el bien escrito artículo del Sr. Helguera, cuya firma va al pié, haciendo traicion al encargo espreso del autor de las siguientes líneas:

«Llegaré tarde para asociar mi dolor al duelo de mi pátria? No, seguramente; las lágrimas están siempre justificadas cuando se vierten por un objeto digno. Cádiz ha perdido no solo una eminencia sacerdotal, sino tambien una reputacion literaria, una celebridad filosófica, una de sus glorias mas puras y legítimas. La diócesis queda huérfana de un pastor favorecido por los dones mas grandes de la Providencia; la cátedra del Espíritu Santo viste de luto; el cielo ha ganado un alma: la tierra ha perdido un sábio. Un príncipe del sacerdocio, el heredero de los Atanasios, Basilios y Naziancenos, el

que destilaba miel de sus labios, como se decia de San Ambrosio, el admirador é imitador de San Pablo y del obispo de Hippona, ha bajado al sepulcro.

Mi voz no debiera turbar el silencio de la muerte, porque es harto débil para tratar de las grandezas del varon recto y sábio que ha perdido la hija predilecta del Océano. Debieran hablar por mí todos esos hombres ilustres de la república de las letras que fueron sus amigos, y le pidieron consejos; todos esos sacerdotes á quienes instruyó en la mas sana filosofía, fortificando sus creencias con el vigor de su fé religiosa; todos esos jóvenes educados bajo su prudente direccion en uno de los mas justamente celebrados gimnasios de España. ¡Pero ah! Todas esas voces no satisfarian la deuda que contrae mi conciencia consigo misma. Siento hoy la misma necesidad de hablar que de respirar, y esperimentará mi alma con la palabra el mismo desahogo que el que lanza un quejido cuando le oprime un dolor ó un sentimiento. La boca es la válvula del corazon. Con todo cuanto diga no pagaré jamás cuanto debo á su memoria por el afecto que me profesaba, y el concepto que formó de mis pobrísimas tareas.

Arbolí era un hombre superior, grande sin grandeza prestada, grande por sí mismo, grande sin deberlo á la fortuna, grande por deberlo solo á su talento. Ni la cuna, ni la intriga tuvieron parte en su justísima elevacion. Su atmósfera era el estudio, sus mejores amigos los libros, su vida la oratoria, su anhelo constante la ilustracion cristiana de su pueblo; su trato social, esmerado; su trato íntimo, bondadoso, sencillo, afable, siempre instructivo y de amenísima conversacion. Parece que habia en el sábio pastor dos personas, la del maestro y la del estudiante, unidas é inseparables, sin que nadie supiese á cuál de las dos debia dar la preferencia. El descanso de los estudios teológicos era el de los filosóficos, y el de estos los matemáticos ó los lingüísticos. Ninguno nació con dotes mas adecuados que Arbolí para brillar, y ser útil en su sagrado ministerio á la sociedad en que vi-

via. Crisóstomo del siglo XIX, abarcando como el santo todo el saber de su tiempo, era mas bien el guia que la rémora de los adelantos sociales; el que aplaudia con sinceridad el desenvolvimiento del espíritu humano y los progresos de las artes y las ciencias, generados y dirigidos por el sentimiento religioso; pero como él tenia tambien varonil elocuencia para predicar la caridad, esponer los deberes de la moral mas rígida y atacar los vicios de su pueblo, la licencia de las costumbres, la molicie y el fausto de los grandes y el orgullo de los filósofos. Conocedor de su época y de los males que la aquejaban, se encaminó á trabajar mas de cerca sobre las inteligencias infantiles y sobre la juventud, proporcionándoles sólida y religiosa instruccion, comprendiendo que el bien y el mal proceden de las raices. Su elocuencia merecia el bello elogio de Plinio al orador romano. «*Te dicente, alimenta sua abdicaverunt tribus.*» Quien oyó una vez á Arbolí, ardia en deseos de oirle mil otras: sus oraciones, en su mayor parte improvisadas, que duraban por lo general dos ó tres horas, parecian estremadamente cortas. Tal era el encanto de aquella palabra y de aquella vigorosa argumentacion! No concluyó nunca un discurso que no pareciese que lo empezaba, y que se veia obligado á terminarlo por el tiempo y no por el agotamiento de la materia.

Arbolí era lógico en todos sus razonamientos; pero la elevacion de los asuntos que escogia, su levantado pensamiento, y la favorable opinion que tenia de la ilustracion del pueblo á quien dirigia su palabra, le llevaban con harta frecuencia á regiones inaccesibles á la mayoria de sus oyentes. Encontrábase en el templo como en una Academia, rodeado de doctores y de discípulos aventajados, y se olvidaba de la ignorancia que acompaña al vulgo: no era que costase trabajo al sábio descender hasta él, era que la costumbre le remontaba á su verdadera atmósfera, la erudicion.

Si hubiese yo de dar una idea general de la elocuencia, estudio y carácter de Arbolí diria que, como Bos-

suet, se apodera de todas las ideas, de todos los progresos de su tiempo y los absorbe en la grande unidad de la fé religiosa; y que posee la inspiracion, gusto y sensibilidad del arzobispo de Cambrai. Es en efecto tan agradable el maridaje de los estudios sagrados con los profanos, tan bella la union de la musa griega con la cristiana, que puede decirse de Arbolí lo que decia de sí Fenelon. «La Grecia entera se abre ante mis ojos; el sultan espantado retrocede; ya el Peloponeso respira en libertad, y la iglesia de Corinto volverá á florecer. Me siento trasportado á esos bellos pueblos y á esas preciosas ruinas para recojer en ellas, con los mas preciosos monumentos, el espíritu mismo de la antigüedad. Busco ese Areópago en que San Pablo anuncia á los sábios del mundo el Dios desconocido. *Pero lo profano viene despues de lo sagrado*, y no me desdeño de bajar al Pireo, donde Sócrates traza el plan de su república. Subo á la doble cima del Parnaso, cojo los laureles de Delfos, y gozo las delicias de Tempe.»

En cuanto á su oratoria, no encuentro juicio mas adaptable que el que hace Villemain del célebre predicador francés: «Bourdaloue, dice, hace la elocuencia evangélica un arte profundo y regular; es el *atleta de la razon combatiendo por la fé.*» Y no hallo pocos puntos de contacto entre el orador español y Massillon. «Es menos un apóstol que un moralista, dice de este último Demogeot, estudia el corazon humano mas que la tradicion de la iglesia; y cuando sus contemperáneos se admiran de que un hombre, consagrado por su estado al retiro, puede hacer pinturas tan verdaderas de las pasiones: *Sondándome á mí mismo*, dice, *es como he aprendido á hacerlas.*»

Qué mas? Qué mas? Permitidme, aun á riesgo de que encontreis ideas repetidas, que os remita el juicio que tenia formado de Arbolí hace dos años, en una larga epístola que pensaba dirigir á un erudito literario de la córte, instándole á que escribiese la «Historia crítica de la literatura española contemporánea.» Héla aquí:

«Tambien por aquel tiempo daba á luz en Cádiz el entonces doctoral y hoy obispo de aquella diócesis, el sábio y elocuentísimo D. Juan José Arbolí, un tratado de filosofía, en el cual, al par que la pureza de la doctrina, resalta la claridad difundida por un estilo abundante, terso y delicado. Admirador de Laromiguiere, no vacila en declarar que marcha sobre sus huellas, porque estas parten de la fuente de toda ciencia y de todo conocimiento, á saber, del cristianismo: humilde como conviene al que ejerce el sagrado ministerio, intitula *borrones* á los que son sazonados frutos de una razon privilegiada y de profundas meditaciones: docto en letras sagradas y profanas, no será avaro de los tesoros de su vasto saber; sino pródigo para esparcir la preciosa semilla de las inteligencias infantiles, y en las de los jóvenes que acuden á recibir sólida instruccion y educacion sana en el nombrado colegio de San Felipe, que entonces dirigia. Bajo este concepto, Arbolí es el continuador del laborioso é infatigable D. Alberto Lista, que dedicó toda su vida á la enseñanza de la juventud.

«Pero el obispo de Cádiz aparece sin rival, y por consiguiente infinitamente mas grande que todos sus contemporáneos, es en la *oratoria sagrada;* vive en ella como en su elemento: Arbolí nació para ser rey de los predicadores, ya que por honor tiene el título de predicador de S. M., y puede serlo de todos los reyes. Al emitir este juicio no me dejo arrastrar por la sensacion: ciego y pobre criterio, cuando por la reflexion no va acompañado; procedo por el estudio y la comparacion de nuestros mas distinguidos oradores.

«Habia yo oido bajo las bóvedas de San Isidro el Real la simpática voz, la fogosa palabra, el vigoroso concepto, del que, concentrando en su corazon el sentimiento de la patria, lo eleva hasta Dios, envuelto en la espresion mas pura de la fé religiosa y entre nubes de oloroso incienso; habia yo visto á través de la augusta oscuridad del templo, bañado tan solo en los rayos de luz indecisos, que despiden los blandones funerarios, la figura del

orador sagrado, y su noble ademan intérprete de sus sensaciones. Tal vez nunca me pareció mas grande el sacerdote cristiano que dominando desde el púlpito á tantas grandezas y dignidades de la tierra; evocando para nuestro ejemplo los recuerdos de nuestras glorias nacionales, conquistadas en nombre del principio religioso y del profundo amor á la independencia; y presentándonos para instructiva confusion de nuestro orgullo el cambio de nuestros desastres y de la instabilidad de las cosas humanas. La oracion fúnebre de Arenas, me hizo recordar mil veces, en la solemnidad del Dos de Mayo, el testo adoptado por Bossuet para una de las mas elocuentes que pronunciara aquel génio de la iglesia y de la Historia *et nunc reges intelligite, erudimini qui judicatis terram.* Durante algunos años habia yo oido al mismo orador el sermon de Viérnes de Dolores llamado de la *Soledad:* convencime entonces de que la poesía es hija del cielo, y de que nunca brilla con mas esplendor que cuando trata de asuntos divinos. Arenas triunfaba de todos los poetas; su inspiracion procedia de la fuente, de la esencia misma de la belleza. Solo así se comprenden pensamientos tan delicados, frases tan tiernas, aquel acento tan sentimental, aquellas palabras tan felices y hasta aquel ritmo tan melancólicamente cadencioso de sus períodos. Y es que ante la realidad de la belleza y candor de una Vírgen, y el amor de una madre que nació para dar dignidad á la mujer y para ser la corredentora del linage humano, huyen desvanecidas las ficciones que solo pueden halagar, y aun pervertir, á los que no han gustado las dulzuras de la fé, ni saboreado los consuelos de la religion cristiana.

«En la magnífica catedral, y en otros templos de la magnífica Sevilla habia yo oido la copiosa y un tanto oscura oratoria de Montemayor, que aparece, sin duda, demasiado escolástico en fuerza de la costumbre de vivir en las regiones de la teologia.

«La fluida palabra del virtuoso y doctísimo penitenciario de Córdoba, hoy obispo de Málaga, D. Juan Ne-

pomuceno Cascallana, habia llegado hasta mí reflejada por las marmóreas columnas de la antigua mezquita. La fervorosa animacion de su elocuencia y de su semblante, propia del que teniendo creencias arraigadas, pretende infiltrarlas en su auditorio, no se habia aun borrado de su memoria, cuando tuve ocasion de oirlo en el convento de la Encarnacion, en una piadosa octava costeada por la Reina.

«No he podido olvidar el celo infatigable, los raudales de improvisada elocuencia de Troncoso que revelaban profundos estudios anteriores y conocimientos científicos apreciables. He oido á otro orador elocuente, muy elocuente, Garcia, procedente, segun creo, de la santa Iglesia de Valencia. He admirado en Barcelona las privilegiadas dotes oratorias de D. Hermenegildo Coll de Valdemia, su voz sonora, las acertadas gradaciones de su entonacion, su frase atildada, la elevacion con que trata los asuntos, su vasta erudicion y no menos vasto talento. He oido, en fin, á otros oradores que gozan merecida reputacion.

«En cada uno de ellos he podido admirar alguna ó muchas de las cualidades que constituyen al orador sagrado: pero en ninguno, como en Arbolí he visto ese armonioso conjunto que hace á un hombre superior á todos sus contemporáneos.

«Quizá, suponga V. que al emitir este juicio no he tenido presente los escritos de los Granada, Fr. Luis de Leon. Niemberg, San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesus, ni á los grandes predicadores de los institutos religiosos. Aun he alcanzado á estos últimos: y como los recuerdos de mi pubertad van unidos con los de su brutal desaparicion, no he olvidado el poder irresistible de los incansables misioneros que, con la mirada fija en el crucifijo que empuñan sus manos, abandonando su imaginacion y su palabra á la inspiracion divina, encuentran recursos inagotables en el *patético* para conmover á un pueblo entero, haciéndole que repita con el corazon y los labios la oracion improvisada por el senti-

miento de amor á Dios y de temor respetuoso á su inflecsible justicia. No he olvidado tampoco las obras de los citados escritores místicos. ¡Ojalá! que para bien de la católica España y de la moral pública, solo fuesen necesarios en la época actual esos fervorosos escritos, llenos de verdades de sentimiento, ricos en efectos, modelos de elocuencia cristiana; que pueden considerarse mas bien como estímulos de la tibieza, que como razonamientos contra la incredulidad; incentivos del corazon que vive en la fé, medios de persuasion, no esfuerzos para el convencimiento.

«Para uzgar á Arbolí es necesario tener en cuenta las dotes que en los tiempos que corremos deben adornar al orador sagrado. Ya no tiene este la ventaja de dirigirse á un pueblo creyente que participa de sus mismas ideas y afectos; no bastan ya la uncion que acompaña á la palabra, el influjo de una vida irreprensible, la santidad del nombre, el ejemplo que hace mas prosélitos que las frases mas escogidas, y la ciencia puramente espositiva. Hoy es necesario atacar la duda con la razon, la ignorancia con la ciencia: aunque el error repugne y escandalice, es necesario discutir con el error; si le considéramos sin oirle, podria achacarse á temor, temor que no puede abrigar quien tiene á la verdad de su parte. Hoy es tanto mas necesaria que nunca la estrecha union de la fé y de la ciencia, y son tanto mas necesarios alicientes poderosos para despertar á la sociedad actual del letargo en que vive, cuanto que el mal que padece es la indiferencia en materias de religion. Siquiera en las luchas religiosas encontrábamos vigor en el cuerpo social, habia valor en los combatientes, y era victoria la victoria. Pero qué hemos de hacer hoy con un enemigo que no pelea, que no solo nos opone la fuerza de su inercia? No es mucho mas difícil resucitar á un cadáver, que convertir á un hombre obstinado en una errónea creencia?

«Pues todas esas cualidades indispensables en el moderno orador sagrado concurren en Arbolí; ciencia, fé, imaginacion fecunda, madura razon, conocimiento del

corazon humano y de la época en que vive, magestad en la persona, hasta la voz no fuerte y robusta, inútil por consiguiente para imponer con enfáticos tonos á una generacion que principia por negar toda obediencia al principio de autoridad, si no flexible, clara, suave, pero sin carecer de fibra en ocasiones, cual conviene para atraer al error y encaminarle por la verdadera senda. Arbolí no tiene un estilo propio, posee todos los estilos y todos le son propios; ni puede designarse con fijeza la clase de oraciones en que sobresale. El sermon dogmático, el moral, las pláticas doctrinales, el panegírico, todo es objeto de su asombrosa elocuencia. Distínguese esta principalmente por la abundancia y feliz eleccion de la frase, por la claridad dol método, por la copia de doctrina, y por la riqueza de pensamientos, mas bien que de imágenes, que se agrupan al rededor de uno capital y filósofo, dándole fuerza irresistible.

«El orador español por la flexibilidad de su talento puede sostener la comparacion con los mas celebrados oradores sagrados estranjeros; segun el asunto que trata así nos recuerda á Massillon, y aun en mi concepto le escede en sus sermones de *cuaresma;* ya nos habla con la enérgica palabra de Lacoadaire, ya con la severa lógica del Padre Felix. Para Arbolí no hay asunto estéril ó poco interesante; donde otros espigan él cosecha: con su prodigioso espíritu de observacion vé lo que nadie ha visto en los fenómenos mas comunes, en la mas diminuta conchilla, en el mundo del cuerpo como en el alma.

«Si nos seduce con la galanura y riqueza de las descripciones y con la fidelidad de la pintura de los personajes en el sermon narrativo, nos encanta en el moral con el profundo conocimiento de los males que aquejan á la humanidad, con el copioso número de remedios para combatirlos, con la halagüeña perspectiva de la virtud, con los vigorosos cuadros de las consecuencias del vicio. No es el sábio que vive úcicamente en la region de las abstracciones: su corazon está ligado á sus semejan-

tes por los lazos de la mas delicada sensibilidad: así es que no hay instinto ni emocion que no comprenda, estravio que no compadezca: dolor que no sienta y consuele: la moral es en sus lábios, no solo un precepto, sino un consejo, la higiene del cuerpo y del alma, la promesa de la tranquilidad y bienestar que debemos disfrutar en el mundo, y la esperanza de una patria mejor que nos presenta con rasgos tan bellos en los límites de nuestre terrena peregrinacion.

«Pero el campo mas propio del orador gaditano es, sin duda, el sermon dogmático y de controversia: quién sigue en él al génio? Las palomas no pueden remontarse á la region de las águilas. Arbolí nació para la discusion: la contrariedad le anima sin exasperarle; dirige entonces sus miradas al pueblo, le interroga varias veces, y parece que aguarda una respuesta; á falta de opositor, él mismo se hace las objeciones, pero no creais que á la manera de sutil sofista, las presente por el lado mas débil para tener el placer de destruirlas con facilidad; discípulo del que enseñaba la verdad por el mundo, y por tanto maestro de verdadera ciencia que no teme al error, cualquiera que sean las formas en que se encubra, examinadas bajo todos sus aspectos, las reviste de toda la fuerza que pueden tener, fuerza que quizá no conocieran los mismos que pudieran habérselas dirigido, y emprende la tarea de rebatirlas. Fijad entonces toda vuestra atencion en aquellas cláusulas breves que caen como rayos de luz sobre las tinieblas de la ignorancia; si os distraeis un instante perdeis el argumento irrebatible: escuchad sin respirar aquellos estensos periodos en que parece que á cada momento va á romperse la concatenacion de las ideas, la armonia y unidad de los miembros, y hasta el sonido de la palabra; pero respirad sin temor, no puede faltar esta al que inspira el mismo Dios; el maestro está en poder de su auditorio; el pensamiento lleva encauzada á la espresion. El orador sagrado vá desalojando poco á poco á su contrario de los lugares mas ventajosos, inutilizando sus armas y encerrándole en un cír-

culo de hierro del cual no puede salir sino vencido y derrotado. ¡Qué felicidad asistir á un pujilato de la inteligencia!

«¡Oh! ¡Cuántas veces oyendo á Arbolí en la Santa Iglesia catedral de Cádiz tratar de las cuestiones mas trascendentales de filosofía y de las mas interesantes para la sociedad inquieta, turbulenta y egoista del siglo actual, lamentaba yo la modestia del carácter español que apenas da importancia al mérito propio, mientras admira con impremeditado entusiasmo cuanto procede del estranjero. ¿Por qué no habian de salir estereotipadas las palabras del obispo gaditano? ¡No se perdieran entonces entre el mugido de las olas los torrentes de elocuencia del Balmes de la oratoria, del que habla con la profundidad del libro, del que se contenta con predicar á un pueblo en vez de predicar á un mundo! Si los consejos del amigo no fuesen interpretados como reprensiones, ¡con qué respetuoso cariño me dirigiera al ministro del Señor, suplicándole que, si no para honra de su nombre, para bien al menos del catolicismo, dejase trazados con la pluma esos profundos conceptos, esos tesoros de sabiduria con que, no en discursos estudiados, sino en frecuentes improvisaciones enseña, persuade, convence, ilustra al pueblo que le vió nacer, uno de los mas cultos de Europa!

«Pues qué, ¿le pertenece esclusivamente la gloria de su nombre? No la reclama tambien su pátria? ¿Qué nos diria hoy la Francia, á escepcion de algunas curiosas noticias acerca de las cualidades personales, ó cuando mas de algunos cuantos rayos de la elocuencia de Bossuet, Bourdalone, Flechier y Massillon, si no nos presentase sus escritos inmortales? ¿Qué sabriamos hoy los que no hemos tenido la buena fortuna de oir las conferencias del nuevo académico francés (1), del P. Félix y del P. Ventura (2)? ¡Qué tristes fueran de otro modo los desti-

(1) Lacordaire, muerto en el año próximo pasado.
(2) Muerto tambien.

nos del orador, sembrar, siempre sembrar, sin ver nunca crecer la semilla, sin saber siquiera si ha arraigado en la tierra! Y cuando se poseen los altos dones con que plugo al cielo enriquecer á Arbolí; ¿no es un deber, y deber piadoso, comunicarlos por medio de signos mas duraderos que la palabra hablada? Apelamos á la conciencia del hombre, á la del sábio tanto como á la del sacerdote.»

¡Y ha muerto el sábio; y se han realizado mis temores! El filósofo cristiano ha dejado para su gloria un libro; el predicador cristiano no ha dejado escrita la palabra de sus sermones admirables. ¡Arcanos de la Providencia! ¡La linfa cristalina que fecundiza un valle casi ignorado, es mas útil que el torrente espumoso y bramador que corre entre peñascos! Arbolí debiera haber escogido campo mas dilatado para su predicacion, pero el amor á su pátria le fijó en la estéril roca donde Cádiz se eleva como blanca gaviota para secar sus alas; al suelo árido y al bullicio de la córte, prefirió un pueblo culto y tranquilo, y la estension del mar, imágen imperfecta del poder y grandeza de Dios, y de la grandeza y poder del pensamiento humano inspirado en el espíritu religioso. ¡Quién sabe! Si cayó su predicacion sobre los corazones de sus compatricios, si ganó algunas almas para el cielo, ¿qué mas necesitaba para su verdadera gloria? ¡La de este mundo solo es ambicionada por los que no tienen fija su contemplacion en otra pátria mejor!

El soldado esforzado de la milicia celestial, el príncipe del sacerdocio cristiano, debe gozar ahora de la presencia del que es el sumo bien, la verdad absoluta, la misma belleza; ante ÉL y con la luz divina que derrama, habrá podido abarcar los horizontes de la ciencia, tras de los cuales, incansable viajero, provechosamente caminaba, sin poder alcanzarlos por completo, como acontece á cuantos pisamos este triste valle de lágrimas. Desde esa nueva pátria dirigirá su mirada hácia la que fué la suya terrenal, y pedirá para sus queridos gaditanos la misma fé religiosa, el mismo anhelo por el estudio, la misma

perseverancia en la santa predicacion; la misma ciencia que le sirvieron de bases sólidas para merecer la dicha inefable de que ahora goza.

Habló la amistad con voz débil y doliente, mas para espresar un sentimiento que un juicio: hablen, pues, la gratitud y el noble orgullo de la pátria con voz mas elocuente; con signos mas duraderos que la palabra, con la creacion de un monumento al «Príncipe de los oradores sagrados españoles.»

José Helguera.

EN LA MUERTE

del Exmo. é Ilmo.

SR. DR. D. JUAN JOSÉ ARBOLÍ Y ACASO,

dignísimo Obispo de Cádiz.

Collocet eum cum principibus,
cum principibus populi sui.

SONETO.

Con ayes vibra en la region del viento
Sobre las torres funeral campana,
Es el gemido de la iglesia hispana,
Voz es del gaditano sentimiento.
No á su querida grey sacro sustento
Ya el gran pastor dará, ni ya mañana
Brotará su palabra soberana,
De elocuencia y saber raro portento.
Prelado ilustre, si tu celo ardiente
Por su nombre y su fé Dios galardona,
Si Él nuestros votos escuchó clemente,
Feliz tú, pues al par que te pregona
Por grande el mundo, truecas esplendente
Báculo frágil á inmortal corona.

Francisco Flores Arenas.

UN PENSAMIENTO EN LA TUMBA

DEL

EXMO. É ILMO.

SR. DR. D. JUAN JOSÉ ARBOLÍ.

Un sábio yace aquí, yace un prelado,
feliz union de la divina ciencia
con las ciencias humanas:
union feliz que el siglo depravado,
imposible ha llamado.

El sábio rey, Alfonso esclarecido,
clavó del mar de Cádiz en la arena
la cruz de su estandarte:
del templo infiel las lunas han caido,
y Cristo es bendecido.

«Aquí será mi tumba» el rey decía:
«si el templo es pobre, las civiles guerras
me impiden grande hacerlo;
mas tumba es digna á la corona mia,
que es la sabiduria.»

Lanzó el postrer aliento el soberano
lejos de Cádiz y su cuerpo noble
no halló en Cádiz reposo:
la cruz plantada por su régia mano
aun saluda el Océano.

«Del Africa la llave» es el renombre
que le dá el sábio rey, pero se engaña;
llave es de un mundo nuevo.

Al proferirlo equivocara el nombre
el sábio, el rey y el hombre.

La cruz de Cádiz ángeles rodean:
ven el mar y por límite otro mundo,
dó la fé no ha llegado;
y en mirar ese mundo se recrean,
suspiran y desean.

Mundo rico y feliz, ya descubierto,
á Cádiz engrandeces: templo augusto
por tí el mármol levanta.
Cádiz así tendrá seguro y cierto
el mas dichoso puerto.

Mas la sombra del rey vaga aquí errante.
«No en la prosperidad nació mi iglesia,
sino en civiles luchas:
no paseis, no paseis, dice, adelante;
que aun no llegó el instante.»

Y no crece del templo la grandeza;
mas las civiles guerras nacen luego,
y el templo es terminado.
Pobre fué Cádiz, pobre en la riqueza,
y grande en la pobreza.

¿Qué anhela para el templo que se abra
el espíritu noble del rey sábio?
Oid, oidlo y veneradle.
«Anhelo, pues, lo que en el hombre labra:
la ciencia en la palabra.»

Un niño en pobre cuna ora ha nacido:
la religion lo estrecha en su regazo:
triste, Filosofía
á las puertas del niño se ha dormido
y su llanto no ha oido.

«Ven,» la sombra de Alfonso á la Elocuencia
dice con muda voz: «Filosofía,
despierta, escucha, sígueme:
únanse de esta cuna en la presencia
la Religion y Ciencia.»

Y unidas tres hermanas así fueron
en un noble varon, de Cádiz honra:
así la mies segaron,
así por Dios y para Dios vivieron,
y así el fruto esparcieron.

Aun de su voz el eco allá retumba:
las bóbedas del templo sacrosanto
parecen repetirlo.
En tanto ruge el mar y el viento zumba
en torno de su tumba.

«Esa voz no es del mar, es la voz mia,»
parece que se escucha en el sepulcro:
«es mi recuerdo solo:
mi doctrina guardad, que Dios la envia,
y es la sabiduria.»

Adolfo de Castro.

A la memoria del Exmo. é Ilmo.

SR. DR. D. JUAN JOSÉ ARBOLÍ Y ACASO,

digno Obispo de Cádiz (Q. S. G. G.)

EPITÁFIOS.

Mas que mitra y cayado, varon fuerte,
Ceñir la real tiara mereciste.
Defendiendo el rebaño.... así moriste,
A rugientes leones dando muerte.

La garra del leon fiero, homicida,
A este Santo Pastor quitó la vida.
El rebaño está intacto: luego es cierto
Que no mató el leon sin quedar muerto.

Vivo está. No perece, no perece
Ese Sol del Cabildo gaditano:
Vertiendo bellas luces permanece
Mientras alce sus ondas Oceáno.

Hasta el rebelde moro arder hacía
La llama que su pecho despedía.... (*)
Abiertas tuvo en Cádiz doce fuentes (**)
El Obispo que lloran hoy las gentes.

(*) Se alude á los diferentes moros bautizados por dicho Sr. Exmo. en esta ciudad de Cádiz.

(**) Las fuentes de Elim, de que trata la Escritura Sagrada. Véase Exod. Cap. XV.

Cubrir puede, ay dolor! la tumba fria
Belleza de mas precio que el diamante;
Mas la rara, inmortal sabiduría
En las cumbres está, siempre triunfante.

Humanista, filósofo eminente,
Perfecto canonista, gran Prelado;
Segundo Marco Tulio en lo elocuente,
Es el varon que miras sepultado.

Vicente Jimenez.

UNA PÁGINA Á LA MEMORIA

del Exmo. é Ilmo. Sr. Dr. D. Juan José Arbolí y Araso,

digno Obispo de Cádiz.

Melius est nomen bonum, quám unguenta pretiosa: et dies mortis dies nativitatis.
Eclesiastes ver. 2 Cap. VII.

Quæsivit verba utilia et conscripsit sermones rectissimos, ac veritate plenos.
Ibidem. ver. 10. cap. XII.

Mejor es el buen nombre que los bálsamos preciosos; y el dia de la muerte que el dia del nacimiento.

Buscó palabras útiles y escribió discursos rectísimos y llenos de verdad.

ELEGÍA.

No cánticos de lloro
Elevémos á Dios de tierra y cielo;
El símbalo sonoro,
Présago de la paz, almo consuelo,
Pida tu gloria á la Divina Esencia
Única eternidad de la existencia.

Cumpliste tu destino,
¡O gran varon! que ya venciste ufano
El incierto camino
De la vida ejemplar del buen cristiano;
Y el Dios de amor y de perdon no esquivo
Te acoje ante su trono compasivo.

El piélago de errores,
Cual piloto en el mar fuerte venciste;
Con nítidos colores
La dogmática elocuencia revestiste,
Enseñando con ciencia esclarecida
Que es la muerte el principio de la vida.

¡Por qué llorar, Dios mio!
¿No está el alma gozando de alegria?
¿No flota en el vacío
Sin principio ni fin, en ancha vía,
Impalpable tu espíritu infinito,
Eterno como Dios, como Él bendito?

El mundo es la mentira,
La muerte es el vivir, es la ventura
Que nuestro ser admira:
¿A qué llevar al corazon tristura?
¡Oh insigne pastor! tu vida gana
Vida mejor que la existencia humana.

El fúnebre quejido
Dad á la admiracion y no al quebranto;
Porque el pastor ungido,
El preclaro Arbolí, el varon santo,
Exaltado en la angélica morada,
Por Cádiz pide á Dios, que se apiada.

Como la Reina Saba,
Émulo de Salomon, te adora el pueblo:
Gádes natal te alaba,
Recuerda tu virtud con triste duelo;
En el sínodo tu voz, rico tesoro,
Del púlpito, la cátedra y el foro.

La caridad del alma,
La fé, la religion, mágico emblema,
Al ateismo encalma

Que aborrece el Señor con faz suprema;
Y te exalta la luz inagotable
Antorcha de una vida perdurable.

Soñando con la gloria,
Siempre la luz de la VERDAD buscaste
En la sagrada historia:
Y, en la luz de tu fé con Dios hablaste;
La enseñanza vertiendo con renombre,
Que es Dios, la Eternidad; la nada, el hombre.

Y porque en tu Dios creo
Principio y fin de la existencia humana;
Una página al deseo
Deja que esculpa con mi fé cristiana,
Y en el erial desierto de mi vida
A DIOS SUPREMO tu descanso pida.

MANUEL DE LA MAZA Y PEDRUECA.

Á LA MEMORIA

DEL EXMO. É ILMO.

Sr. Dr. D. Juan José Arbolí y Acaso,

Obispo de Cádiz y Algeciras,

SENADOR ELECTO DEL REINO, ETC.

Ego sum bonus pastor. Bonus pastor animam suam dat pro ovibus suis. S. Juan, cap. 10 ver. 11.

Absit autem á mé hoc pecatum in dominum ut cessem orare pro vobis. et docebo vos viam bonam et rectam.
Libro 1.° Reges cap. 12, ver. 23.

EPITÁFIO.

A la ciencia del patricio acrisolada
Tributo rinde Cádiz ilustrada.

. . . .
. . . .

El varon cuyo pecho se inflamaba
Defendiendo el honor del pueblo hispano,
El prelado que al pueblo gaditano
La virtud del Evangelio predicaba,

Al sepulcro bajó: pero su gloria
Nacida en el templo de la ciencia,
A su alma dará grata memoria
En premio de su alta inteligencia.

Cual pastor por su grey siempre celoso
Velaba placentero noche y dia,
Sin dar tregua, descanso ni reposo,
Al enemigo que en furor ardia.

Desplegando en la cátedra sus lábios,
Robaba la atencion de sus oyentes;
Mereciendo contarse entre los sábios
Cual otro Pablo apóstol de las gentes.

Él escribe elocuentes Pastorales
Que edifican la conciencia de su grey
Conjurando peligros y los males,
Que amenazan del Señor la santa ley.

Y al ver que se conculcan los derechos
Que la Iglesia recibe desde el cielo,
Con valor y con fé, con santo celo,
Opone las RAZONES á los HECHOS.

Hechos en Italia consumados
Contra el santo poder del Vaticano,
Fueron en el templo reprobados
Con la voz de un pastor fiel y cristiano.

Al insano furor del enemigo
Retaba con las luces de la ciencia;
Y cual padre amoroso, y tierno amigo,
Dirijia de sus hijos la conciencia.

La voz de su palabra fiel, constante,
Causó la admiracion de España entera,
Por eso de las ciencias el amante
Tributaba el honor que él mereciera.

Roma escucha su voz siempre sublime
En tiempos de afliccion para un Prelado,
Que ruega sin cesar, que llora y gime
Por el Bien de la Iglesia y del Papado.

Y Pio noveno, el sacerdote santo,
El que hoy posee las llaves de los cielos,
Vertiendo fuentes de copioso llanto

A su triste corazon le dió consuelos.

Pero él vé que á la Esposa del Cordero
Se rasgan sus vestidos sacrosantos,
Que á la Iglesia, el leon rugiente y fiero
Produce mil angustias, mil quebrantos.

Que el proceloso mar de las pasiones
La nave del apóstol hoy conmueve,
Que hombres sin piedad, como leones
Arrebatan su mision de un modo aleve.

Agitábase su alma en la agonia
Al ver tanta desdicha, rigor tanto,
Llegando por fin un triste dia
Que muere en el Señor cual justo y santo.

Huid profanos, ante el sepulcro helado
Que guarda las cenizas de un gran hombre,
De dura pena el corazon velado
Honrar debemos tan ilustre nombre.

Levantad... levantad un monumento
Que por siempre eternice su memoria,
Donde brille el mas alto sentimiento
En favor del que fué de Cádiz gloria.

Cádiz Febrero de 1863.

VICENTE FONTAN Y MERA.

EN LA CORONA FUNEBRE

dedicada á la memoria

del Excmo. é Ilmo. Sr. Dr. D. Juan José Arbolí y Acaso,

OBISPO DE CADIZ.

Que cual subiste de Pastor al gremio,
Cádiz toda te vea,
Recibiendo en el cielo la presea.

SANCHEZ DE SILVEYRA.

Corona poética de 1852.

¡Con qué gozo mi lira
Estas dulces palabras pronunciaba,
Que hoy macilenta admira,
Cumplida la sentencia que enunciaba!
Las glorias que ensalzaba
Con grato y ledo canto
Del sacerdote santo
Destinado por Dios para esta grey
A sostener y propagar la ley,
Llevando mi deseo
Al término final que lloro y veo.

¡Ay! que la pátria mia
Perdió su orgullo, su solaz, su encanto,
La elocuente ambrosía,
Que derramó en Gadir con celo santo;
Y redoblando el llanto
Con pérdida tan dura,
Trocada en desventura
La dicha, que en su seno poseyéra,
Lágrimas vierte, triste plañidera,
Mostrando el desconsuelo,
Que en su pátria dejó, migrando al cielo.

Arbolí... nombre amable
Para aquel que, cual yo, gozó su trato:
Arbolí!... sí.... admirable
En la virtud, las ciencias, y el recato,
Fuistes amigo grato,
Fiel siervo del Señor,
De nuestra fé vigor,
Del Evangelio intérprete profundo,
Sábio, no para el mundo,
Sino para el mortal que su ley amaba,
Y en tu *decir sublime* la gustaba.

¡Ay! que la muerte fiera
Arrebató á la iglesia un sosten fuerte,
Cegó de ilustracion en la pradera
El raudal que la anima... y queda inerte
Hoy, que la cruda suerte
Las aguas cristalinas,
Celestiales doctrinas,
De sus lábios dulcísimos, suaves,
Y sus acentos penetrantes, graves,
A Gades despojando con dureza
Eclipsára su gloria y gentileza.

¡Modelo del saber! Cádiz te llora,
Angustiada tu pérdida sintiendo;
Y tu Esposa deplora
Las galas que, sin tí, ya vá perdiendo;
Y en su gemir tremendo
Solo encuentra consuelo
Conmigo en su dolor hoy repitiendo
Lo que en vida te dije sonriendo:
«Cádiz toda te vea,
Recibiendo en el cielo la presea.»

Francisco Garcia Sanchez de Silveyra.
